



La proletarización y la “racionalidad” de los agricultores del café en Boconó, Venezuela

WILLIAM ROSEBERRY

I

Este ensayo representa una pequeña pieza de un rompecabezas que he estado tratando de completar durante los últimos años. A un nivel general, trata sobre los procesos mediante los cuales se forman y transforman las comunidades campesinas en el contexto de la gestación del sistema capitalista mundial. Más específicamente, este proceso abarca el surgimiento y desaparición, en los siglos XIX y XX, de un grupo asentado en Boconó, Venezuela, que se asemeja al campesinado. Dicho grupo, compuesto de elementos dispares (colonos migrantes de los llanos, miembros de comunidades indígenas localizadas en resguardos coloniales parcelados en el siglo

NOTA DEL AUTOR: Traducción de Zoraida Santiago. El trabajo de campo sobre el cual se basa este artículo fue llevado a cabo entre octubre de 1974 y agosto de 1976 bajo los auspicios institucionales del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. La investigación fue financiada en varias de sus etapas por un Graduate Fellowship del National Science Foundation (Estados Unidos), un Doherty Fellowship for Latin American Studies, y un NSF Dissertation Improvement Grant (SOC 75-18655). Este artículo fue preparado para la sesión “Capitalismo y campesinado: perspectivas teóricas”, de la reunión de 1979 de la Latin American Studies Association. También fue presentado durante una sesión de la conferencia sobre la economía política del tercer mundo de la Union of Radical Political Economists de 1979 y en conferencias en la Universidad de la Ciudad de Nueva York y la Universidad de Connecticut. Además de agradecer a aquellos que criticaron mi trabajo en esas reuniones, doy las gracias a Karen Irby y Jim Wessman por hacer preguntas que aun no puedo contestar, y a todos aquellos que anónimamente han revisado el manuscrito y me han ayudado a evitar errores.

Todos los precios y programas gubernamentales mencionados en el texto son los que regían en 1975.

XIX, descendientes de pequeños terratenientes coloniales e inmigrantes de España e Italia) surgió con la creación de una economía cafetalera en el siglo XIX y se ha ido transformando en el transcurso de este siglo a medida que el café fue siendo desplazado como producto de importancia nacional. En medio de este proceso de transformación ha habido un largo proceso de empobrecimiento, precipitado por la depreciación del producto en los años treinta y cristalizado por rendimientos decrecientes, la fragmentación de las fincas y las migraciones de agricultores (ver Roseberry, 1977, 1978a, 1979, para una descripción más a fondo de este proceso).

En este trabajo analizo la situación social de los medianos y pequeños agricultores del café a través de los últimos veinte años. Durante este período, el gobierno nacional intentó estimular la producción de café y estabilizar las fincas pequeñas, ofreciéndoles a los agricultores préstamos a largo plazo y a bajo interés para que sembraran variedades de café de alto rendimiento. Pero los programas gubernamentales han sido sólo parcialmente exitosos. Mediante el examen de la posición económica y social de los pequeños productores del café en Boconó, Estado Trujillo, señalaré algunas de las razones de los fracasos del programa. Esto significa que este trabajo pretende evaluar un proyecto de desarrollo y las respuestas que le dieron los agricultores del café. Esta evaluación, sin embargo, nos obliga a colocar a dichos agricultores en una perspectiva histórica, y observar a estas familias dentro de un proceso. Este trabajo está dirigido, entonces, al análisis de dicha historia.

El análisis del proceso de cómo la unidad doméstica campesina toma decisiones económicas sirve como punto de partida de este ensayo, y puede ser visto como parte de un amplio cuerpo de literatura que colmó las páginas de revistas preocupadas por el "desarrollo" durante los años sesenta, pero que últimamente ha perdido popularidad. Durante la "década del desarrollo" de la ONU, algunos gobiernos intentaron "modernizar" lo que consideraban sectores "atrasados" y "tradicionales" mediante reformas del sistema de tenencia de la tierra o de las estructuras crediticias y del mercado, y también mediante la introducción de innovaciones tecnológicas tales como maquinaria y cultivos desarrollados a raíz de la "revolución verde". Estos programas produjeron lo que podría ser descrito, a lo sumo, como "resultados mixtos". Las razones de los fracasos fueron complejas, en la misma forma que las motivaciones que impulsaban los proyectos reflejaban un mosaico de intereses políticos y económicos. Pero los programas y sus fracasos proveyeron campo para que los científicos sociales— a menudo auspiciados por las mismas agencias que planificaron dichos proyectos—desarrollaran investigaciones de campo con el fin de explicar por qué no habían dado los resultados esperados.

En general, los investigadores se centraron en los presuntos beneficiarios de la ayuda gubernamental, e intentaron explicar su rechazo hacia los

programas gubernamentales o su escasa utilización. Formulada irónicamente, ésta era la pregunta: ¿por qué los campesinos no hacen lo que quiere el gobierno ya que éste obviamente actúa con la mejor de las intenciones en favor de ellos? Hecha la pregunta en estos términos podemos ver, en parte, cuál era el error en una gran parte de la literatura. Ignoraba los intereses, profundamente contradictorios y conflictivos, entre los que daban y los que recibían la ayuda, o entre los representantes del gobierno y los ciudadanos. No nos sorprende, pues, que la literatura haya perdido popularidad a medida que nuestros análisis se hicieron más refinados políticamente. Lo que hizo obsoleta a la literatura de la modernización ha sido el creciente interés de los investigadores por problemas tales como la formación y lucha de clases, y los procesos de desarrollo y subdesarrollo capitalista.

Entonces ¿por qué hacer de nuevo estas preguntas? Porque, como fueron formuladas por científicos sociales reformistas o progresistas, recibieron casi siempre respuestas reformistas. Al cuestionarse la racionalidad de los campesinos, respondieron que los campesinos eran racionales, pero que respondían a una racionalidad "no capitalista". Las preguntas nunca condujeron a una revisión radical de nuestras ideas sobre los "campesinos" mismos. Los investigadores concentraron su atención en los procesos de toma de decisiones de las familias campesinas, tratando a la finca familiar como una unidad de producción viable. El problema estaba en que no solamente ignoraban el contexto más amplio del proceso de la toma de decisiones, sino que los analistas partían de premisas acerca de la naturaleza de las fincas "campesinas" que ya estaban superadas por los procesos históricos. Dado que estas premisas no fueron ni cuestionadas ni rectificadas, los procesos históricos mismos quedaron fuera de su alcance tanto analítica como políticamente. Por supuesto que la "historia" carecía de interés para los teóricos de la modernización; sin embargo, es fundamental para los problemas formulados durante mi investigación en Boconó. Desgraciadamente, aun cuando los estudiosos han rechazado el análisis (y la política) de la literatura de la modernización, han sido mucho más lentos en reconocer la naturaleza, históricamente relativa, de las definiciones empleadas. Al transformar estas definiciones en categorías ahistóricas, su herencia frustraba los intentos de escribir historia. Esto es particularmente cierto para sus definiciones del campesinado.

La definición común del campesinado ha sido la de dueños de fincas familiares (*family farmers*) que producen para su subsistencia y para sostener miembros de grupos superiores. En un sentido, los campesinos se veían como una pequeña economía, orientados hacia la subsistencia o el autoconsumo. En otro sentido, aparecían como unidades básicas de producción dentro de una economía nacional o regional más amplia, víctimas de una red identificable de relaciones de explotación. La clave de su posición contradictoria era la familia campesina, que controlaba la tierra y los recursos

básicos y tenía la capacidad de tomar decisiones básicas sobre la producción. En el proceso de toma de decisiones, esta unidad sólo tenía en cuenta las necesidades de consumo de la familia misma; no se preocupaba de la expansión, las tasas de ganancia, etc. La finca campesina se veía, a la vez, como una empresa y un hogar (Galeski 1972), una combinación peculiar compuesta por una unidad de producción y una unidad de consumo (Wolf 1955, 1966; Chayanov 1966; Galeski 1972; Saul y Woods 1971; Shanin 1973-1974; Powell 1972; Mintz 1973; Roseberry 1976; Margolies 1979).

En el momento en que colocamos esta conceptualización en una perspectiva histórica vemos, sin embargo, que la misma es una idealización, como lo señalaron inmediatamente los investigadores más cuidadosos. La familia como unidad de producción nunca fue idéntica a la familia como unidad de consumo. Algunos miembros de la familia trabajaban ocasionalmente en algún otro lugar (por ejemplo, intercambiando trabajo con otros agricultores, trabajando en haciendas grandes a cambio de un salario o del derecho al uso de tierras, trabajando para comerciantes, etc.). En parte esto reflejaba las diversas relaciones de explotación en las que podía estar envuelto el agricultor; en parte reflejaba los diversos requisitos de consumo de la finca misma. Aun antes del surgimiento del capitalismo, los campesinos, dentro de condiciones particulares muy diversas, enviaban a algunos miembros de la familia a trabajar fuera de la finca para suplementar los ingresos familiares en los años en que la finca no podía proveer las necesidades de toda la familia. Además, a pesar de la importancia de la familia como unidad de producción y unidad de consumo, ésta no necesariamente consumía todo lo que producía. Podía producir bienes para la venta y utilizar los ingresos de esa venta para comprar otros productos que necesitara.

Aunque dentro de la definición existían algunos elementos de idealización, en cierto sentido también correspondía a la realidad de la agricultura campesina. A pesar de que no existía una correspondencia perfecta, la familia campesina podía verse como una unidad de producción efectiva y viable. La toma de decisiones sobre la producción, o el envío de miembros de la familia para trabajar fuera de la finca, estaba determinado por la lógica del autoconsumo y por requisitos de subsistencia de la familia. La familia campesina estaba adoptando varias estrategias para su reproducción como una familia *de agricultores*.

La naturaleza de la agricultura campesina, sin embargo, ha ido cambiando con el desarrollo del capitalismo, en contextos muy variados. Con la transición de campesino a proletario (o de campesino a burgués), el cambio no se limitó al nivel económico únicamente. A pesar de que debemos evitar las conclusiones más mecánicas y lineales de la literatura de la modernización, existen pocas dudas de que las unidades domésticas campesinas han sido partícipes y sujetos de los procesos de desarrollo y subdesarrollo capi-

talista que transformaron las sociedades donde viven.¹ Tenemos que conceptualizar al campesinado y analizarlo como parte de un proceso histórico mundial. Sin embargo, el desarrollo capitalista puede darse en forma gradual o violenta, además de ser invariablemente desigual. Se da, por lo tanto, a través de las vidas de individuos que pueden reflejar imperfectamente los cambios a los cuales están sujetos y de los cuales son parte.

Para poder comprender la posición de los dueños de las fincas familiares en la historia, debemos acercarnos a ellos desde varias perspectivas. Tenemos que analizar los procesos más amplios de desarrollo y subdesarrollo capitalista que determinan, en gran medida, sus expectativas de vida. He intentado hacer esto en anteriores ocasiones (Roseberry 1977, 1978*b*, 1979). Pero un entendimiento completo requiere que prestemos mayor atención a los agricultores mismos y a la forma en que éstos reaccionan a las diferentes fuerzas que actúan sobre ellos. Esto implica que debemos hacernos de nuevo

¹Es necesario decir algunas palabras sobre el "capitalismo" en términos de la literatura sobre el desarrollo y subdesarrollo. Partiendo del debate Dobb-Sweezy de los años 50, muchos autores se han preguntado si ciertas formas de subdesarrollo se deben considerar "capitalistas" o "no capitalistas". Todos aquellos que participaron en los debates más recientes están de acuerdo en que las formas de economía y sociedad que hallamos, por ejemplo, en América Latina, sólo pueden entenderse en términos de su incorporación al mercado capitalista mundial. De acuerdo con una de las posiciones en el mencionado debate (encabezada por Frank 1967, 1969; y Wallerstein 1974*a*, 1974*b*), el hecho de que una forma exista dentro del contexto del sistema capitalista mundial es suficiente para considerarla "capitalista". La otra posición (encabezada por Laclau 1971 y Brenner 1977) sostiene que un sistema capitalista "dominante" puede incorporar diversos modos de producción no capitalistas, cada uno de los cuales se define por una forma particular de extracción de plustrabajo. Para este grupo, el capitalismo se define por el dominio del trabajo asalariado; otras formas de extracción de plustrabajo caracterizarían a los demás modos de producción articulados con el modo capitalista dominante. Entre los marxólogos hay poco que debatir. Los teóricos de modos de producción parecen haber leído a Marx más cuidadosamente y por lo tanto parecen estar en lo "correcto". Ciertamente, algunas de las contribuciones recientes más interesantes parten de este supuesto. En mi trabajo he tendido a estar más de acuerdo con Dobb y Laclau que con Sweezy y Frank. Sin embargo, se hace cada vez más evidente que la identificación de modos de producción con formas particulares de extracción de plustrabajo puede conducir a una reificación de los conceptos básicos. En un artículo reciente, Jairus Banaji ha criticado tales métodos "formalistas", sugiriendo que lo importante no es la existencia *formal* de la fuerza de trabajo sino su existencia *social* (Banaji 1977). Por lo tanto, el capitalismo no estaría definido por una forma particular (trabajo asalariado) sino por una relación específica entre el capital y la fuerza de trabajo, de modo que su combinación en el proceso de producción expande el valor. Para que exista dicha relación, la "fuerza de trabajo" tendría que haberse convertido en una mercancía, pero la mercancía "fuerza de trabajo" no tiene que limitarse al trabajo asalariado. Esto no quiere decir que Frank y Wallerstein tengan razón, ya que la incorporación al mercado capitalista no *necesariamente* produce esa relación. Pero sí es un argumento contra los aspectos más rígidamente formales de la perspectiva de Laclau los cuales, como señala Banaji, pueden reconstruir las teorías de economía dual con un nuevo lenguaje y una vieja práctica.

las mismas preguntas que se hicieron los teóricos de la modernización de la generación anterior sobre el proceso de toma de decisiones de la unidad doméstica campesina. Debemos, sin embargo, hacer estas preguntas desde una perspectiva diferente, e intentar encontrar respuestas que iluminen los procesos a través de los cuales se transforman las vidas de determinados agricultores. He querido orientar este ensayo hacia ese tipo de análisis, examinando los procesos de toma de decisiones de los agricultores del café en un determinado momento de su historia, en respuesta a determinadas iniciativas gubernamentales.

II

El caso del café en la economía y política venezolanas es un caso especial. Dicho producto, que había sido el de mayor importancia como producto de exportación y principal fuente de riqueza durante el siglo XIX, fue desplazado en el siglo veinte con el advenimiento de la explotación petrolera. Los Andes venezolanos constituían el centro preponderante de producción cafetalera en el siglo XIX, y a la par que la economía cafetalera alcanzaba su apogeo a principios del siglo veinte, los andinos adquirían también importancia política. A pesar de eso, para 1926 las exportaciones de café ya habían quedado relegadas a un segundo lugar, a medida que las exportaciones de petróleo pasaban a primer plano, y el sector cafetalero entraba en un largo período de declive con la depresión de los años treinta. El café nunca salió de esta depresión, a pesar de que en los Andes la extensión de los terrenos dedicados a su cultivo aumentó durante este siglo. Con la transformación de la economía venezolana, las personas pertenecientes al sector cafetalero fueron incorporadas a la estructura social del país como mano de obra. El aspecto más patente de este proceso fue la urbanización. De una población que para 1936 era urbana sólo en un 35 %, pasó al 77 % para 1971 (Páez Celis 1975:48), y algunas estimaciones más recientes calculan la población urbana actual en más de 80%. Un aspecto menos visible de este proceso fue la creación de un mercado interno para el desarrollo industrial capitalista. A pesar de que el petróleo se extrae principalmente para la exportación, la participación del gobierno en los ingresos facilitó el desarrollo de una clase media que pide bienes de consumo. Muchos de estos bienes son importados, pero la política de sustitución de importaciones (desde 1959) estimuló el desarrollo de un sector industrial. Esta misma clase media necesita también productos alimenticios, lo que crea un mercado para productos agrícolas y permite el desarrollo (desde 1950) de fincas capitalistas, sobre todo fuera de los Andes (Orta 1970; Losada Aldana 1972). Es significativo el hecho de que el café ya no se produzca simplemente para exportación. Con el desarrollo de industrias

nacionales del tostado, la mayoría del café que se produce en Venezuela se consume ahora en el país.

En un intento por detener el largo declive del sector cafetalero, en 1958 el gobierno comenzó una serie de programas de gran envergadura que todavía están en vigencia, a pesar de que el personal administrativo tiende a cambiar después de cada proceso electoral. Los programas tenían dos propósitos: (1) proveer préstamos a largo plazo y bajo interés a productores seleccionados para comenzar fincas de café o para renovar las viejas fincas con nuevas variedades, capaces de producir diez veces más grano; y (2) organizar una serie de cooperativas con una mezcla de capital público y privado, que proveyeran préstamos de producción a corto plazo, vendieran fertilizantes, insecticidas y herramientas a un costo más bajo, y compraran café a precios regulados por el gobierno. Los programas reflejan ciertas características de la Venezuela posterior a Pérez Jiménez. Una es el intento de diversificar la economía a través de inversiones públicas en varios sectores agrícolas, industriales y comerciales. Esto es una continuación de los esfuerzos para "sembrar el petróleo", características de la política instituida por el gobierno adeco de los años 40. En segundo lugar, los programas deben ser considerados parte de una "reforma agraria" a la que se le dio una interpretación tecnicista: en vez de cambiar la estructura agraria, los programas fueron diseñados para proveer tecnología a través de elementos de la vieja estructura. Esto, a su vez, refleja la orientación predominantemente "desarrollista" de las políticas gubernamentales. En tercer lugar, reflejan la incapacidad de los sectores secundario y terciario, centrados en las ciudades, para absorber los inmigrantes de las áreas rurales. Los programas de diversificación, como por ejemplo los que se dirigieron a la economía cafetalera, pueden ser vistos como intentos por detener la ola de migrantes y mantener a la población rural en el campo.

Este trabajo representa un intento por determinar el impacto que tuvieron estos programas en el Distrito Boconó del Estado Trujillo. Trataré de suprimir mi tendencia antropológica a enfatizar la particular importancia de la gente que he estudiado y mencionaré solamente las dos características que distinguen a Boconó de otras áreas cafetaleras andinas. La menos importante para los propósitos actuales es la primera. Boconó y Trujillo no eran los centros más importantes de la economía cafetalera andina. El Estado Táchira era y es el centro político y económico dominante. En segundo lugar, y a diferencia de otros centros de producción de café basados en fincas relativamente grandes con trabajadores dependientes y/o migrantes, la economía de café en Boconó dependía de pequeños propietarios quienes, como productores, entraban en relaciones directas con los comerciantes. Durante el apogeo de la economía cafetalera en Boconó, la "finca familiar" era la unidad de producción más importante, y el "dueño de la finca familiar" era el productor directo más importante.

Ahora podemos examinar el impacto de los recientes programas gubernamentales en Boconó. Ciertamente, uno de los efectos económicos y políticos más importantes de los programas cafetaleros fue que los comerciantes y prestamistas privados se vieron desplazados por las agencias públicas. El gobierno central se convirtió en el comerciante y fiador de mayor importancia en la economía local, como sucedió en otras regiones mediante otros programas. A través de procesos burocráticos complicados se toman decisiones a nivel nacional respecto a los cultivos que se van a financiar, en qué regiones, quién va a recibir crédito, etc. Más allá del impacto económico de tal centralización, las repercusiones políticas son enormes. El partido en el poder tiene la oportunidad de establecer un sistema efectivo de clientela con los pequeños agricultores, poniendo como premio la facilidad de crédito agrícola y como precio la lealtad política.

Dejando de lado los efectos políticos y económicos de mayor importancia, me centraré en las respuestas que los pequeños y medianos agricultores dieron a las iniciativas gubernamentales. Me interesa particularmente el intento que se hizo para introducir lo que podríamos llamar variedades de café de la "revolución verde", a través de préstamos gubernamentales a largo plazo. El programa comenzó en 1958. Localmente, el primer préstamo lo recibieron sastres inmigrantes, sin conexión previa con la economía cafetalera. La finca que ellos establecieron es ahora la mayor productora de la región y mantiene una fuerza de trabajo asalariada todo el año.

El programa gubernamental tuvo su auge máximo a fines de los años 60, y se le otorgaron préstamos a cierto número de comerciantes, profesionales, y pequeños y medianos agricultores del café. Los técnicos gubernamentales estiman que, en el Distrito Boconó, una tercera parte de la superficie dedicada al cultivo del café ha sido cultivada con nuevas variedades. Sin embargo, los resultados han sido mixtos. Algunas fincas han tenido un éxito extraordinario llegando a la industrialización de la siembra de café. La mayoría, sin embargo, ha visto como su producción se incrementaba ostensiblemente en los primeros años para luego terminar reduciéndose a un nivel menor al de las variedades anteriores. En parte, ésta es una vieja historia para los que están familiarizados con las desventajas de la revolución verde: las nuevas variedades requieren más fertilizantes, insecticidas y otras inversiones de capital y trabajo. Cuando esas inversiones no se hacen, la producción se reduce significativamente. Pero la historia no es tan sencilla. Mirémosla más detenidamente.

Los programas gubernamentales se instituyeron a través de la estructura de pequeñas fincas, característica de Boconó. A pesar de que algunos préstamos les fueron otorgados a comerciantes y profesionales que poseen cantidades significativas de tierras buenas, muchos fueron concedidos a pequeños campesinos. En la zona casi la mitad de las haciendas de café cubren menos de tres hectáreas (vea tabla 1); generalmente se conceden

TABLA 1. La distribución de la tierra entre los miembros PACCA Boconó, 1975

<i>Hectáreas</i>	<i>Número de unidades de producción</i>	<i>Porcentaje de unidades de producción</i>
Tamaño de las unidades completas		
0-3	69	33,5
3-5	49	23,8
5-10	44	21,4
10-20	19	9,2
20-50	18	8,7
50-100	5	2,4
Más de 100	2	1,0
Total	206	100,0
Tamaño de los cafetales		
0-3	102	49,5
3-5	56	27,2
5-10	41	19,9
10-20	4	1,9
20-50	3	1,5
Total	206	100,0

préstamos para financiar estas parcelas pequeñas. De hecho, sólo un 17% de los miembros del PACCA Boconó (la cooperativa cafetalera local) producen más de cincuenta quintales de café al año.

En vista de que uno de los objetivos del programa es el de estabilizar a los agricultores, y en vista de que la inversión de capital a través de la estructura de pequeñas fincas familiares parece tener como propósito implícito el establecimiento de pequeñas fincas capitalistas, debemos evaluar el potencial del programa. Los pequeños agricultores que reciben préstamos a largo plazo pueden ser considerados, por el momento, como "campesinos pequeño-burgueses". A diferencia de muchos de los otros agricultores, ellos no se enfrentan a una posibilidad inmediata de ruina. De hecho, su capacidad para cumplir con los requisitos que rigen la obtención de préstamos del Estado, indica que están en una posición superior a la de la mayoría de los agricultores—quienes no alcanzan a llenar dichos requisitos y tienen que arreglárselas con las variedades viejas, recurrir a los prestamistas que quedan, o abandonar la economía cafetalera. Los pequeños agricultores se ubican entonces entre las categorías tradicionales de "campesino" y "agricultor" (cf. Wolf 1966).

A pesar de estar invirtiendo capital en la producción de café, no todos los inversionistas respondían a una ética expansionista característica de las definiciones tradicionales de los "agricultores capitalistas". Mientras algunos agricultores actuaban como "empresarios", la motivación de otros era la de proveer un ingreso adecuado a sus familias; se dedicaban a la producción de café sólo con el propósito de abastecerse. Detrás de esta posición hay una larga historia que se remonta a la formación de la economía cafetalera en el siglo XIX. Los migrantes y residentes que recurrieron a la producción de café en el siglo XIX, en el contexto de la expansión económica, tomaron una iniciativa empresarial. Con el paso de las generaciones y la división de las fincas, vinieron los efectos combinados de la fuerza de una tradición creada y la disminución de los ingresos familiares. Lo que había sido una finca empresarial fundada por un abuelo se convertía en varias fincas de autosubsistencia trabajadas por sus nietos y nietas. Pero aún mantenían ciertas características de la vieja finca empresarial y el café continuaba siendo la principal fuente económica.² Aquello ofrece un marcado contraste con la situación de otros campesinos, por ejemplo en Mesoamérica, donde el cultivo comercial de café se consideraba como suplementario.

La situación que prevalecía en los Andes fue desastrosa para las fincas de autosubsistencia ya que (al igual que para las empresariales) los precios cayeron en los años 30 y el rendimiento siguió disminuyendo durante este siglo. Como consecuencia, el cambio hacia variedades de café de alto rendimiento fue considerado ventajoso, tanto desde el punto de vista empresarial como del de autosubsistencia. Invirtiendo en estas variedades, los pequeños agricultores tendrían la posibilidad de estabilizar su condición económica, y podrían comenzar a emplear fuerza de trabajo asalariada. Pero muchos continuaban trabajando ellos mismos, y era de esperarse que sopesaran las ventajas de continuar invirtiendo en la producción de café, en lugar de formar pequeñas empresas o buscar empleo en sectores no agrícolas. ¿Ofrecen suficiente incentivo los beneficios de las nuevas variedades de café como para que los agricultores medianos continúen invirtiendo? Muchos de ellos se decepcionan y aseguran que, a pesar de que el rendimiento se ha incrementado, los aumentos en costos absorben las ganancias. Independientemente de si esto es cierto o no, dicha percepción es común, y una lectura superficial de los documentos del PACCA demuestra que en muchas fincas el rendimiento aumentó poco después de la introducción de nuevas variedades, reduciéndose en años posteriores. Esto podría indicar que los agricultores invierten en las nuevas variedades, luego se decepcionan, y terminan recurriendo a los viejos métodos de producción. ¿Por qué?

Para examinar este fenómeno, lo primero que haré será un análisis de los costos y beneficios de varios tipos de fincas cafetaleras. Para hacer esto,

²Lo más común era sembrar café en las mejores tierras. En las fincas situadas sobre lomas, se sembraba café en la planicie de la cumbre, y café y cultivos menores en la falda de la loma.

aislaré cuatro tipos ideales de fincas cafetaleras en Boconó, analizaré sus respectivos costos de producción y beneficios monetarios, y finalmente haré una comparación en forma tabular. Podemos, en primer lugar, aislar dos tipos ideales extremos: la finca cafetalera "campesina" (tipo I) y la finca cafetalera "capitalista" (tipo IV). La finca campesina es pequeña, probablemente heredada, y sembrada de variedades viejas de café; recibe poca inversión de capital y trabajo (excepto en la cosecha), y produce alrededor de cuatro quintales o menos por hectárea al año. Este agricultor no tiene acceso a créditos para invertir en nuevas variedades, y está atrapado entre la agricultura de subsistencia y la proletarización total. De hecho, así como el "campesino pequeño-burgués" que invierte en nuevas variedades está atrapado entre los conceptos impuestos de "campesino" y "agricultor", así también el agricultor tipo I lo está entre los conceptos impuestos de "campesino" y "proletario".

En la finca capitalista (tipo IV) se invierten grandes cantidades de capital en gastos de producción a corto y largo plazo, se mantiene una fuerza de trabajo permanente (además de la fuerza de trabajo estacional que se necesita durante la cosecha), y las expectativas de rendimiento aumentan diez veces: cuarenta y cinco quintales por hectárea al año. Estos agricultores capitalistas no surgen de las filas de los productores directos. Son comerciantes en productos de consumo (por ejemplo, los sastres inmigrantes que comenzaron una finca en 1958) y profesionales (e.g., médicos, abogados). Uno es un banquero del lugar; otro es un administrador holandés retirado, anteriormente asociado con Shell Oil. Otros son hijos de profesionales que habían abandonado Boconó durante los años de depresión. Estos regresan con el fin de aprovecharse de los incentivos gubernamentales. El agricultor capitalista generalmente mantiene la finca como uno de sus múltiples intereses. Por ejemplo, los sastres que comenzaron la primera finca capitalista todavía hoy mantienen una tienda de ropa en Boconó.

El pequeño o mediano agricultor que invierte en nuevas variedades de café caería en las categorías de agricultor tipo II y III. Estos agricultores han obtenido préstamos a largo plazo para invertir en nuevas variedades. La diferencia es que el agricultor tipo II ha hecho uso de viejos métodos de producción, y el nivel de inversión de capital y trabajo anualmente no ha superado el nivel del tipo I. La expectativa de rendimiento es de diez quintales o menos, dependiendo de cuánto tiempo llevan sembradas las nuevas variedades. En la finca tipo III el productor sigue las recomendaciones oficiales en cuanto a la cantidad anual de abono, insecticidas, etc. La expectativa de rendimiento es de veinticinco quintales. Aparte del capital fijo en forma de equipo de beneficio propiedad del agricultor capitalista, la inversión anual de los tipos III y IV es similar. La diferencia en rendimiento puede deberse a diferencias en la fertilidad de la tierra, beneficiándose el agricultor capitalista con una ganancia adicional.

Antes de analizar los costos y beneficios de cada tipo de finca, no estaría demás hacer algunos comentarios generales. En primer lugar, estos son tipos ideales, basados en posibilidades lógicas, dada la estructura agraria y los programas cafetaleros que han sido administrados a través de dicha estructura. En general, sería posible encuadrar cada una de las fincas en Boconó dentro de esta tipología, a pesar de que las fronteras no estarían bien definidas. Sin embargo, mi propósito aquí no es el de categorizar cada finca particular. Más bien me propongo evaluar el potencial general de desarrollo de fincas capitalistas "industriales", dado que la mayor parte de la inversión se canaliza a través de las fincas pequeñas y medianas características de los tipos ideales II y III.

Al analizar los costos y beneficios de cada tipo de finca,³ he dividido los costos entre (1) gastos de capital (k), i.e., costos de capital fijo tales como las matas de café y la maquinaria, y costos de capital circulante tales como fertilizantes, insecticidas, etc.; y (2) costos de mano de obra (w). Podemos determinar la ganancia neta (s) restando el total de costos ($k + w$) de la ganancia bruta. Las categorías coinciden en gran medida con las categorías marxistas de capital constante (c), capital variable (v) y plusvalía (s). Considero conveniente analizar costos y beneficios en términos de estas categorías amplias, pero he evitado utilizar los términos marxistas más precisos con el fin de evitar confusiones. Las categorías se aplican propiamente al análisis de situaciones capitalistas, y sólo algunas de las fincas analizadas son "capitalistas". Por lo tanto, en este ejercicio "s" no es *plusvalía*, y los "costos de mano de obra" (w) no corresponden al "capital variable". Aun así, algunas de las categorías que utilizo podrían representar equivocadamente la situación real de los tipos de fincas que estoy analizando. Por ejemplo, las fincas tipo I y II dependerán del trabajo familiar y no asalariado, y la "ganancia" (s) será ilusoria. A pesar de que representa un excedente sobre el costo de un día de trabajo si se ofreciera en el mercado, *no* representa un excedente sobre las necesidades de subsistencia anuales de una familia de agricultores. La única justificación para esta distorsión es que nos permite comparar costos y beneficios en varios tipos de fincas en términos de criterios consistentes. Se debe tener siempre presente que los criterios no son completamente aplicables a las fincas que dependen del trabajo familiar. Habrá costos ocultos y beneficios ilusorios.

Todas las fincas tipos II, III y IV se cultivan con las nuevas variedades de café y tienen los mismos gastos en capital fijo. Para calcular estos gastos anuales, simplemente calculé la cantidad anual a pagar por el préstamo a

³Los cálculos de costo, tiempo de trabajo y expectativas de rendimiento están basados en estimaciones oficiales (Venezuela, Corpoandes 1974, 1975); dichos estimados fueron hechos por representantes del gobierno local y por los mismos agricultores del café. Estos estimados son personales y no son promedios estadísticos, y por lo tanto están sujetos a errores.

largo plazo (esto es, la cantidad pagada cada año). A pesar de que la cantidad del préstamo varía de acuerdo con el año en el que fue otorgado, he recurrido a otra ficción al tratar todos los préstamos como si fueran por la misma cantidad: Bs. 10.000 por hectárea, a un interés de 3% anual (la cantidad ofrecida en 1975). Al término de quince años y un período de gracia de cinco años, el pago anual adeudado durante los últimos diez años será de Bs. 1.165. Además de este gasto en capital fijo, las fincas tipo III y IV deben hacer frente a gastos anuales de capital circulante en fertilizantes, insecticidas, etc. Si aplican las cantidades oficialmente recomendadas, la cuenta anual por hectárea será de 718,2 bolívares (precios a nivel de 1975 para miembros del PACCA). Si añadimos a esto Bs. 100 por insecticidas y una miscelánea de otros gastos, obtenemos un total de 818,2 bolívares en capital circulante.

Los costos de mano de obra dependerán del rendimiento y de si la finca se trabaja mediante los nuevos métodos o los antiguos. La cosecha requerirá, al menos, el trabajo de dos hombres/día por quintal. Antes de la cosecha, una hectárea trabajada mediante los métodos antiguos (i.e., en las fincas tipo I y II) absorberá solamente el trabajo de veinte hombres/día en dos limpiezas. Una finca trabajada mediante los métodos nuevos (esto es, las fincas tipo III y IV) puede absorber el trabajo de cincuenta hombres/día en las faenas de limpieza, abono, poda, etc. El trabajo anterior a la cosecha se paga por día. Aunque el salario diario mínimo legal era de Bs. 15 en 1975, no encontré ninguna finca que pagara el salario mínimo a todos sus empleados. Las fincas mayores pagaban el salario mínimo a un grupo de empleados estables, alrededor de la mitad de su fuerza de trabajo, pero a los demás les pagaban ocho bolívares, el salario agrícola regular en Boconó en 1975. Por lo tanto, he calculado la cuenta por concepto de salarios durante el período anterior a la cosecha en 11,5 bolívares por hombre/día, lo cual puede que sea elevado. El trabajo de cosecha se pagaba de acuerdo con la cantidad recogida, y en vista de que los recolectores incluían tanto hombres como mujeres y niños, el promedio diario variaba. Sin embargo, en vista de que el que trabajaba durante la cosecha ganaba más por día que el que trabajaba antes de la cosecha, he calculado este rubro por concepto de salarios en Bs. 15 por hombre/día. Finalmente, he computado un costo uniforme por concepto del beneficio del café: Bs. 4 por quintal. Los precios del café varían de acuerdo con la calidad, y ésta vendrá determinada por el grado de sofisticación de los métodos de beneficio y por la maquinaria. Las fincas tipo I podrían esperar vender sus cuatro quintales—beneficiados por medio del método “seco”—al precio más bajo: Bs. 250 por quintal en 1975. Las fincas tipo II y III podrían vender el suyo al precio promedio de Bs. 270 por quintal, y la finca tipo IV podría comercializar su café, beneficiado mediante el método “lavado”, a Bs. 290 el quintal.

Nos encontramos ahora en posición de examinar por separado cada tipo de finca. Se supone que la finca "campesina" (tipo I) no tiene gastos de capital constante (ver tabla 2). Estrictamente hablando, esto no es cierto, ya que las matas de café, en sí, representan trabajo incorporado, parte del cual contribuye al valor de un saco de café en un año dado. Sin embargo, en términos de la racionalidad de la finca en sí, el costo efectivo de la producción es más importante, y ese costo es una cantidad tan ínfima que puede considerarse nulo. La finca probablemente es heredada o habrá sido pagada completamente años atrás, y no habrá gastos de capital circulante por concepto de fertilizantes, insecticidas, etc. El costo total de la producción, por lo tanto, estará determinado por la cantidad de trabajo invertido, lo cual ascenderá a un total de sólo veintiocho hombres/día al año. Aunque he asignado un valor monetario a este tiempo, este trabajo en realidad lo hará la familia misma. Es un "costo" en el sentido de que es dinero que el agricultor pudo haber ganado (en teoría) si hubiera trabajado ese día en otro lugar a cambio de un salario. La ganancia bruta por hectárea para este agricultor es de Bs. 1.000, lo que nos deja una ganancia neta, o "sobrante", de Bs. 634 luego de restarle los costos. De nuevo, este sobrante es ilusorio (ver lo indicado anteriormente): a menos que el agricultor posea muchas hectáreas (lo cual no es muy probable), ni la ganancia bruta ni la ganancia neta representan un sobrante sobre los gastos de subsistencia familiar. El agricultor tipo I es claramente un candidato a la proletarización total.

La finca tipo II (ver tabla 3) ha invertido en nuevas variedades, pero ha recurrido a viejos métodos de producción. Así pues, al igual que la finca tipo I, los gastos de capital circulante pueden considerarse nulos. El total de gastos por concepto de capital se sustrae al capital fijo—Bs. 1.165 adeudados sobre su préstamo a largo plazo. Con respecto al trabajo antes de la cosecha, la finca tipo II absorberá la misma cantidad que la finca tipo I, pero requerirá mayor trabajo durante la cosecha, dado el aumento en el rendimiento. Debemos señalar nuevamente que, aunque se le ha asignado un precio a este tiempo de trabajo, el mismo será realizado por miembros de la familia. Si restamos estos aumentos en los costos a la ganancia bruta de Bs. 2.700, encontramos que la ganancia neta es aún menor de Bs. 1.000 por hectárea. El agricultor no se ha beneficiado extraordinariamente al invertir en nuevas variedades. A menos que posea una finca de tamaño considerable, este agricultor es también un buen candidato a la proletarización total.⁴

⁴De todos los rendimientos estimados el tipo II es el más problemático. Depende de cuánto tiempo han estado las nuevas matas sin el abono necesario. Es muy posible que el rendimiento se reduzca a menos del rendimiento estimado para las fincas tipo I. Este estimado de rendimiento podría, por lo tanto, ser un poco elevado.

TABLA 2. Costos de producción y beneficios monetarios por hectárea en las fincas tipo I, 1975

	<i>Costos (Bs.)</i>	<i>Ingresos (Bs.)</i>
Ganancia bruta		
4 qq a Bs. 250 @		1.000
Gastos de capital (k)		
Fijos	0	
Circulante	0	
Total	0	
Gastos de trabajo (w)		
20 hombres/día		
antes de la cosecha		
a Bs. 11,5 @	230	
8 hombres/día durante la cosecha a Bs. 15 @	120	
Beneficio	16	
Total	366	
Total (k + w)	366	
Ganancia neta (bruta - [k + w])		634

TABLA 3. Costos de producción y beneficios monetarios por hectárea en las fincas tipo II, 1975

	<i>Costos (Bs.)</i>	<i>Ingresos (Bs.)</i>
Ganancia bruta		
10 qq a Bs. 270 @		2.700
Gastos de capital (k)		
Fijos	1.165	
Circulantes	0	
Total	1.165	
Gastos de trabajo (w)		
20 hombres/día antes de la cosecha		
a Bs. 11, 5 @	230	
20 hombres/día durante la cosecha		
a Bs. 15 @	300	
Beneficio	40	
Total	570	
Total (k + w)	1.735	
Ganancia neta (bruta - [k + w])		965

La finca tipo III (ver tabla 4) tiene los mismos gastos de capital fijo que la finca tipo II, considerando el costo anual que implica el pago de su deuda. Tiene un gasto de capital mayor por razón del gasto anual en capital circulante (fertilizantes, insecticidas, etc.). Dado que la cantidad de trabajo invertido y el rendimiento son mayores, lo que se paga en salarios aumenta considerablemente. Sin embargo, estos aumentos en costos se encuentran compensados por las ganancias: la ganancia neta de Bs. 3.341,8 por hectárea es aceptable. Del tamaño de la finca dependerá si este agricultor es un candidato a proletario, pequeño-burgués o capitalista.

Hay dos diferencias fundamentales entre las fincas tipo III y IV (ver tabla 5): el rendimiento y los gastos en capital fijo. Estos últimos aumentan en la finca tipo IV por la inversión en máquinas de beneficio. Por razón de su costo, dicho equipo sólo está al alcance de los agricultores capitalistas. Dado que el capital fijo se concentra en equipo de beneficio, no contribuye directamente³ a la gran diferencia en rendimiento que se observa entre las fincas tipo III y IV y que se debe a una fertilidad desigual. He calculado este aumento en capital fijo mediante un método indirecto. Uno de los agricultores capitalistas de la región que produce un promedio de cuarenta y seis quintales por hectárea al año, estima que los costos por concepto de capital y trabajo equivalen al 37% de su ganancia bruta. Al vender sus cuarenta y seis quintales a Bs. 290 cada uno, le queda una ganancia bruta de Bs. 13.340 por hectárea. El 37% de esta cantidad sería Bs. 4.935,8. Considerando que podemos hacer un estimado razonablemente exacto de sus gastos por concepto de mano de obra (Bs. 2.105) y capital circulante (Bs. 818,2), esto nos deja un total de gastos por concepto de capital fijo que asciende a Bs. 2.012,6. Como puede verse, la ganancia neta por hectárea, Bs. 8.114,2, es bastante aceptable.

En la tabla 6 se comparan los costos y beneficios de los cuatro tipos de fincas, y se hace un cálculo de la tasa de "ganancia". Concentremos nuestra atención en las fincas tipo II y III. La finca tipo I es una finca "campesina" pobre, y el agricultor es un proletario en el sentido real, esté o no empleado; es decir que dependerá de capital extraño para la reproducción de su unidad de trabajo familiar. La finca tipo IV es una finca "capitalista", y el inversionista es un comerciante o profesional que tiene una posición segura. Los productores pertenecientes a las fincas tipos II y III son similares: pequeños o medianos agricultores o "campesinos pequeño-burgueses". En ambos tipos, la tasa de "ganancia" es aparentemente menor a la de la finca tipo I, aunque, tal como se señalara anteriormente, la ganancia en la finca campesina está basada en costos no aparentes y beneficios ilusorios. Tanto en la finca tipo II como en la III, la ganancia monetaria, después de deducidos

³Por supuesto, la maquinaria le da al dueño la posibilidad de percibir otros ingresos, ya que le permite comprar y/o beneficiar el café producido en pequeñas fincas adyacentes.

TABLA 4. Costos de producción y beneficios monetarios por hectárea en las fincas tipo III, 1975

	<i>Costos (Bs.)</i>	<i>Ingresos (Bs.)</i>
Ganancia bruta		
25 qq a Bs. 270 @		6.750,0
Gastos de capital (k)		
Fijos	1.165,0	
Circulantes	818,2	
Total	1.983,2	
Gastos de trabajo (w)		
50 hombres/día antes de la cosecha		
a Bs. 11,5 @	575,0	
50 hombres/día durante la cosecha		
a Bs. 15 @	750,0	
Beneficio	100,0	
Total	1.425,0	
Total (k + w)	3.408,2	
Ganancia neta (bruta - [k + w])		3.341,8

TABLA 5. Costos de producción y beneficios monetarios por hectárea en las fincas tipo IV, 1975

	<i>Costos (Bs.)</i>	<i>Ingresos (Bs.)</i>
Ganancia bruta		
45 qq a Bs. 290 @		13.050,0
Gastos de capital (k)		
Fijos	2.012,6	
Circulantes	818,2	
Total	2.830,8	
Gastos de trabajo (w)		
50 hombres/día antes de la cosecha		
a Bs. 11,5 @	575,0	
90 hombres/día durante la cosecha		
a Bs. 15 @	1.350,0	
Beneficio	180,0	
Total	2.105,0	
Total (k + w)	4.935,8	
Ganancia neta (bruta - [k + w])		8.114,2

TABLA 6. Comparación de los costos y beneficios de las fincas tipos I, II, III, IV, 1975

	<i>Finca tipo I</i> 4 qq a Bs. 250 @	<i>Finca tipo II</i> 10 qq a Bs. 270 @	<i>Finca tipo III</i> 25 qq a Bs. 270 @	<i>Finca tipo IV</i> 45 qq a Bs. 290 @
k	0,0	1.165,0	1.983,2	2.830,8
w	366,0	570,0	1.325,0	1.925,0
k + w	366,0	1.735,0	3.408,2	4.935,8
s	634,0	965,0	3.341,8	8.114,2
Tasa de ganancia	63,4	35,7	49,5	62,2

los costos, es mayor. Ambas han invertido en nuevas variedades, pero después de la inversión inicial el dueño de la finca tipo II ha recurrido a viejos métodos. Sin embargo, la finca tipo III se encuentra a su alcance y produce una ganancia claramente superior. En base a estos cálculos (los cuales se basan en tipos ideales y ficciones oportunas), la percepción popular de que el rendimiento creciente es anulado por los costos crecientes no se mantiene. Este punto debe ser recalcado. Mis cálculos demuestran que el beneficio neto puede aumentar considerablemente en las fincas tipo III, que los argumentos que se acostumbra dar en contra de las variedades de la "revolución verde" no necesariamente se sostienen en este caso. Los aumentos en costos *no* absorben la mayor parte del aumento en el rendimiento; tanto es así que los pequeños y medianos agricultores pueden aumentar substancialmente su nivel de vida por medio de una inversión constante en capital circulante (abonos, insecticidas, etc.). Sin embargo, existe una tendencia definitiva de parte de los agricultores medianos a recurrir a los viejos métodos, o a la finca tipo II. ¿Por qué?

Hay toda una serie de buenas razones. En primer lugar, la realidad vivida por los agricultores en las fincas tipo II y III podría no acercarse al "mejor de los casos" calculados en base a modelos ideales. Además, como indicamos antes de comenzar el análisis de costos y beneficios, los préstamos a corto plazo necesarios para mantener una finca del tipo III no están inmediatamente accesibles. Pero también está claro que es posible lograr un mejor ingreso monetario mediante la finca tipo III y que muchos de los pequeños agricultores eligen *conscientemente* renunciar a estos ingresos y se conforman con los ingresos decrecientes que ofrecen las fincas del tipo II.

Uno se siente tentado a explicar esto en términos de los procesos de toma de decisiones de los agricultores "campesinos", y de hecho, los analistas de la modernización que prestaron atención a estas preguntas en otros contextos, apuntaron hacia una clase diferente de "racionalidad"—determinada por una orientación cultural diferente o por la lógica y la racionalidad de la finca campesina. Los análisis de la segunda clase se referían a la opinión de Chayanov, según el cual el campesino no está orientado hacia

la acumulación sino hacia la subsistencia (cf. Chayanov 1966; para un ejemplo reciente, ver Scott 1976). Esto es cierto en parte. He argumentado más arriba que a pesar de las inversiones a largo plazo, el cambio de los agricultores hacia nuevas variedades de café fue, más que empresarial, una iniciativa para el autoabastecimiento.

En este punto debemos ser cuidadosos, porque las motivaciones de los agricultores individuales son tan contradictorias y conflictivas como lo son sus oportunidades de vida. De hecho, una característica que posiblemente distinga a los agricultores del tipo II y III podría ser su capacidad o incapacidad para convertir la inversión a largo plazo en una ventaja "empresarial". Sin embargo, fijándonos sólo en aquellos cuya motivación ha sido la de estabilizar los ingresos familiares, debemos preguntarnos si la explicación basada en Chayanov es satisfactoria. Si un grupo familiar está tratando de reproducirse, ¿por qué escogería conscientemente unos ingresos más marginales y rechazaría la posibilidad de obtener unos ingresos superiores asequibles? Aparte de que algunos agricultores del tipo III se ven forzados a recurrir a métodos del tipo II por el hecho de que no se otorgan créditos, o cuando se otorgan no a todo el mundo se le conceden, hay también otros factores. Yo sostengo que podemos explicar este fenómeno sin ninguna referencia a "otro tipo de racionalidad"—ya sea determinada culturalmente o en base al status de campesino. Uno de los problemas que tiene el enfoque de Chayanov es que examina los grupos familiares aislados de los procesos sociales concretos de la región y la nación en que están envueltos. No podemos limitarnos al sector cafetalero o a la agricultura. Tenemos que examinar la posición de los medianos agricultores del café en términos de la estructura de clases que caracteriza la formación social venezolana en su totalidad.

Hasta este momento hemos examinado las posibilidades que tiene el campesino pequeño-burgués de convertirse en un pequeño agricultor capitalista (esto es, en agricultor tipo III). Sin embargo, la situación social de este agricultor, al examinarla en un contexto más amplio, es más complicada de lo que otros autores han señalado. A la vez que tiene la posibilidad de convertirse en un "capitalista" en pequeña escala, también tiene la posibilidad de convertirse en un "proletario". Antes de continuar la discusión sobre esta disyuntiva y el proceso de toma de decisiones, es necesario examinar el proceso de proletarización.

Con la incorporación de Boconó al mercado interno de la economía nacional, la demanda de mano de obra asalariada ha ido en aumento. Aunque la demanda local no ha tenido la misma magnitud que en otras áreas, existen algunas oportunidades. Ya hemos apuntado el surgimiento de fincas capitalistas en la agricultura. Además, han surgido mayores oportunidades de empleo en el pueblo de Boconó debido al establecimiento de oficinas gubernamentales dedicadas a obras públicas, salud y educación. Aunque algunas fincas, pequeños negocios y compañías de construcción

emplean trabajadores asalariados, el patrono más importante es el gobierno. A pesar de que los empresarios agrícolas generalmente ignoraban las provisiones legales que les obligaban a pagar el salario mínimo (Bs. 15 al día en 1975, esto es, Bs. 5.400 al año), el gobierno pagaba el salario mínimo, o más.

Es también posible obtener empleo asalariado fuera de la región, en Maracaibo, Valencia o Caracas, y la gente de Boconó emigra a regiones urbanas en busca de trabajo. En algunos casos, esta migración es puramente estacional, ya que muchas personas aprovechan el tiempo muerto en la agricultura para quedarse con familiares que residen en Caracas. En otros casos, el paso a la ciudad es definitivo. El trabajo asalariado o el intento de hallarlo tiene implicaciones importantes para la finca familiar. Es poco común que se mude todo el grupo doméstico; más bien se van yendo miembros individuales (e.g., algunos hijos que buscan trabajo, hijas que van a trabajar como servicio doméstico o que buscan empleo, hijos o hijas que salen a estudiar). Esta merma de la familia campesina deja la finca bajo el control de la cabeza familiar y complica su problema para conseguir mano de obra. El también podría intentar conseguir en la región un empleo estacional o permanente, y podría ir, por ejemplo, a Caracas durante el tiempo muerto. En muchos casos, el hecho de que las áreas productoras de café estén cerca del pueblo de Boconó hace posible obtener empleo y, a la vez, mantener la finca. En algunos casos, la finca podría ser trabajada por un miembro del grupo familiar mientras otros, por ejemplo, los hijos e hijas, van a la escuela o trabajan en la región o se dirigen a Caracas. En otros casos, la finca se convierte en poco más que un huerto, trabajado durante el tiempo de ocio de su dueño, y proveyéndole de un ingreso adicional alrededor de las Navidades.

Examinemos de nuevo la posición de los medianos agricultores quienes, como se recordará, mantienen una hacienda pequeña de café, esto es, menos de tres hectáreas. Si comparamos el salario mínimo de un trabajador a tiempo completo (Bs. 5.400 al año en 1975) con las expectativas de ganancias de las fincas de tipo II y III, encontramos que para estos agricultores el trabajo asalariado podría ser ventajoso. Esto no quiere decir que el agricultor se verá forzado a dejar su tierra y recurrir al trabajo asalariado. Lo que se quiere decir es que los beneficios que podrían ganar como agricultores "pequeño-burgueses" no son tan grandes como los que se podrían ganar como trabajadores a sueldo. Al considerar las fluctuaciones anuales en rendimiento y los riesgos normales de la producción agrícola, vemos que los rendimientos podrían caer por debajo del salario mínimo. Por lo tanto, suponiendo que haya empleo disponible, el agricultor que cae potencialmente en la finca tipo III podría encontrar que es preferible conseguir empleo en la agricultura o en obras públicas, mientras mantiene su finca

como fuente de ingresos suplementarios. Invirtiendo muy poco capital o trabajo en el mantenimiento de la finca, se convertiría en un agricultor tipo II en vez de tipo III. En otras palabras, al evaluar los costos y beneficios, no podemos simplemente comparar las ventajas de las fincas tipo II y III en el sector cafetalero. Debemos tomar en cuenta toda la gama de opciones que se le presentan al agricultor dentro de su medio ambiente social. Pareciera que existe una tendencia hacia la finca del tipo II y no hacia la del tipo III porque el agricultor se da cuenta de que no está operando en una escala lo suficientemente grande como para mantener una operación "capitalista". En vez de invertir continuamente en su finca, está dispuesto a relegarla a segundo plano.⁶

Ahora podemos volver a examinar los procesos de toma de decisiones de los medianos agricultores que invierten en nuevas variedades. Si nuestro análisis es correcto, tendríamos que una inversión a largo plazo representaría el intento de una persona, atrapada entre la condición de pequeño capitalista y la de proletario, por mejorar o estabilizar su posición y el ingreso de su grupo familiar. Dejar de invertir anualmente capital y trabajo en gran escala significaría que dicha persona estaría admitiendo que la finca ya no es su fuente de ingreso principal. La haciendita de café, una vez mejorada, se vería relegada a un segundo plano a medida que los miembros del grupo familiar vayan buscando su fuente de ingresos en otra parte. Reducida a la condición de huerto, la haciendita de café se consideraría como una fuente de ingresos suplementarios.

III

Las decisiones que están tomando los medianos agricultores del café en Boconó aparentemente carecen de sentido si tratamos a las familias de agricultores como "campesinos". Nuestras definiciones clásicas de campesinado no son adecuadas para estudiar el Boconó de la segunda mitad de este siglo. La familia como unidad de producción y unidad de consumo ha perdido importancia a medida que la finca misma la ha ido perdiendo. La unidad familiar y empresarial ha sido rota, y el "grupo familiar" es más una unidad de consumo que de producción y consumo. Debemos, pues, considerar a

⁶Esto no quiere decir que hay empleo disponible para todo el que lo busca. El desempleo y subempleo son parte estructural de la economía local y nacional. Aunque algunos agricultores logran conseguir empleo a tiempo completo y, a la vez, mantener su haciendita de café como fuente de ingreso suplementaria, la mayoría de los pequeños agricultores deben limitarse a los empleos estacionales. Como tales, forman una gran masa de obreros superexplotados, para quienes la proletarización en el sentido clásico (esto es, proletarización conjuntamente con el empleo) representa una marcada mejoría de su nivel de vida.

Aunque económicamente se encuentran dominados por el capital, no han recibido todos los "beneficios" de este desarrollo ostensiblemente "progresista".

la familia de agricultores de Boconó como compuesta por individuos comprometidos en una gama de trabajos productivos dentro de distintos contextos de trabajo. Así la finca aparecerá sólo como una (y, además, suplementaria) fuente de ingresos.

La decisión metodológica de estudiar los grupos familiares de agricultores como unidades de consumo que cuentan con varias fuentes de ingreso nos deja ver que estas familias comienzan a caer dentro de las definiciones clásicas de familia proletaria más que dentro de las definiciones clásicas de familia campesina. Desafortunadamente, así como nuestras definiciones de campesinado han sido idealizadas, lo mismo ha sucedido con nuestras definiciones de proletariado. Con el desarrollo del capitalismo, se piensa que la importancia económica de la familia se reduce a medida que deja de ser una unidad de producción y se convierte "meramente" en una unidad de consumo. El trabajo se concentra en unidades más amplias (por ejemplo, las fábricas), a medida que la producción se socializa a una escala cada vez más amplia. Por lo tanto, los individuos se ganan la vida fuera de la casa, y la unidad del grupo familiar—una unidad basada en sus funciones económicas—se rompe (cf. Weber 1978:375–380; Zaretsky 1976).

Pero así como las definiciones de campesinado se mediatizan cuando se intenta colocarlas dentro de la historia, ocurre lo mismo con respecto a las definiciones de proletariado. Las definiciones clásicas de la estructura y función de una familia proletaria dependen de un proceso social y económico mediante el cual los productores son separados de los medios de producción. La disolución de la familia como una unidad de producción se puede ver a medida que al productor se le va separando de la tierra. Aunque ésta ha sido la experiencia histórica de muchos campesinos, no ha sido la experiencia de otros que quedan en la tierra y que continúan trabajándola aun después de pasar a formar parte de la fuerza de trabajo asalariada. Al trabajar regularmente lejos de la finca, en empresas capitalistas, aparentan ser proletarios; al trabajar la finca, aparentan ser campesinos.

Esto no debería sorprendernos y parece concordar con lo que sabemos sobre otros campesinos. Como se dijo anteriormente, los campesinos nunca han formado la pequeña economía cerrada que las definiciones les adjudican. Aun antes del surgimiento del capitalismo, las familias campesinas periódicamente o estacionalmente solían enviar algunos de sus miembros a buscar ingresos adicionales para la familia. Muchas familias, en su esfuerzo por reproducirse, adoptaban una amplia gama de estrategias. Joan Scott y Louise Tilly, en un análisis impresionante de las clases trabajadoras durante la industrialización de Europa, sostienen que la composición y los valores de las primeras fuerzas trabajadoras estaban determinados, no tanto por el nuevo orden capitalista, como por la composición y valores de las familias campesinas de donde provenían los trabajadores. A pesar de que tienden

a darle cierto carácter romántico a la finca campesina, Scott y Tilly, sin embargo, ofrecen un análisis sutil de cómo una familia campesina, necesitada de recursos, trabajaba para empresarios capitalistas con el fin de mantener la familia campesina misma:

. . . familias tradicionales empleaban una variedad de estrategias para promover el bienestar de la unidad familiar. A veces, la familia entera se hacía contratar como mano de obra en otras fincas, a veces lo hacían solamente los hombres, y otras veces uno o más niños. Las madres de familia muchas veces recurrían al trabajo suplementario en la industria doméstica en tiempos de mayor necesidad o de crisis económicas. . . . La costumbre de enviar niños de ambos sexos a servir en otras fincas o a trabajar en las ciudades cercanas era otra forma de salir del paso—una forma de extender temporalmente la familia más allá de sus propios recursos limitados, con el fin de aumentar estos recursos y así garantizar la supervivencia económica (Scott y Tilly 1975:50–51).

Podría parecer que esta descripción caracterizaría también a los agricultores del café de Boconó y que los estaríamos viendo simplemente como campesinos que se ven forzados a trabajar fuera de la finca para completar sus ingresos.

Una conclusión como ésta, sin embargo, no sería adecuada para comprender la situación social de los agricultores de Boconó. A pesar de que Scott y Tilly están en lo correcto al mantener que el trabajo asalariado puede ayudar a una familia a sostenerse y no necesariamente la disuelve, también es cierto que una continua dependencia de otras fuentes de ingreso tiene que causar daño. Si la familia campesina se ve forzada repetidamente a “suplementar” sus ingresos, y esta necesidad no se debe a fluctuaciones en rendimiento de la finca sino al absoluto o relativo empobrecimiento de la finca misma, entonces la lógica de la actividad familiar sufre un cambio. Y si este empobrecimiento ocurre en el contexto de transformaciones estructurales mayores de la economía en su totalidad (e.g., desarrollo capitalista), entonces la familia campesina, en su intento por sostenerse, puede experimentar un proceso de proletarización. Es claro que Scott y Tilly reconocen esto, y es parte central de su análisis. Precisamente éste fue el tipo de proceso que ocurrió en Europa Occidental. La contribución de Scott y Tilly ha sido demostrar cómo la gente puede transformar su mundo en un intento de preservarlo.

Sostengo que dicho proceso ha ido ya bastante lejos en Boconó. Si mi análisis de los procesos de toma de decisiones por los agricultores de café es correcto, quiere decir que ellos no están trabajando fuera de la finca para suplementar sus ingresos, sino que la finca, reducida a un huerto, está suplementando los salarios. Por lo tanto, la familia de agricultores viene a compartir algunas de las características básicas de las familias proletarias

clásicas, y los individuos que componen la familia interactúan unos con los otros y con personas fuera de la familia sobre bases completamente distintas.⁷

Esto no quiere decir que los agricultores del café en Boconó sean idénticos a las versiones idealizadas de proletarios o que no se distinguen de elementos proletarios de otros lugares de Venezuela. Pero sí pienso que necesitamos tener un concepto más amplio de la clase obrera en Venezuela y trascender las distinciones analíticas tales como "campesino", "proletario", "semi-proletario", etc. También es necesario ver que dicha clase obrera, concebida en forma amplia, está fragmentada, que el proceso de proletarización no ha progresado en forma lineal ni uniforme, así como el proceso de desarrollo capitalista tampoco ha progresado en forma lineal ni uniforme. De hecho, la situación social de los medianos agricultores milita en contra de tales visiones mecánicas o lineales. Los agricultores a los que nos hemos referido no son los más pobres en la región. No viven al borde del hambre; tampoco se ven forzados a entrar en el mercado de trabajo. Mantienen una posición relativamente privilegiada en relación a muchos de sus vecinos, pero al comparar las ganancias de sus fincas con el salario mínimo, aquellas no les son favorables. En caso de que alguien piense que estoy elogiando al desarrollo capitalista, quiero señalar que esta situación—en la que el paso al trabajo asalariado representa un aumento en los ingresos—es en sí un producto histórico, resultado del proceso de empobrecimiento al que nos refiriéramos al comienzo de este artículo. Dejando de un lado los análisis de los procesos de toma de decisiones, no debe pensarse que los agricultores del café "escogen" la condición de proletarios. La proletarización es un proceso que les ha sucedido a ellos, y las alternativas que escogen hoy tienen que ver con las respuestas a ese proceso.

No estoy tratando de decir que los agricultores del café de Boconó son "proletarios", aunque sí estoy diciendo que no son "campesinos". Se están *proletarizando*, y el proceso de esta transformación los empuja por caminos contradictorios. La visión expuesta anteriormente, en la que se ve a los

⁷Existe una amplia literatura sobre el impacto del "capitalismo", la "industrialización" o la "modernización" sobre la "familia". El debate se ha centrado sobre si la familia nuclear es o no consecuencia de la industrialización (cf. Goode 1963; Laslett y Wall 1972). Mucha de esta literatura ha tomado como punto de partida a Europa Occidental y ha intentado buscar *el tipo* de familia o grupo familiar característico de una sociedad o economía particular, tomando la familia como una cosa y no como una serie de relaciones que varían de acuerdo con la clase y el proceso social (cf. Berkner 1975:734). Debo recalcar que mi intento de hablar sobre familias campesinas y proletarias en términos abstractos no tiene nada que ver con esta literatura. Yo simplemente estoy señalando varios aspectos estructurales básicos que han sido reconocidos hace tiempo dentro del pensamiento social y no estoy tratando de proponer una forma particular de familia que derivaría mecánicamente de un proceso particular de desarrollo económico. Las características estructurales descritas dejan espacio para la variedad en cuanto a la forma, el contenido y el proceso (cf. Vogel 1978:62).

medianos agricultores del café atrapados entre las condiciones de pequeño capitalista y proletario, continúa siendo válida hasta cierto punto. El grupo familiar está tratando de sostenerse y la finca continúa siendo una de sus fuentes de ingreso. En este sentido, sigue funcionando como una unidad de producción, al menos formalmente. Pero la finca es sólo una fuente de ingresos, y el grupo familiar está siendo transformado. Creemos que la situación social es percibida en forma diferente por varios miembros de la familia. Por ejemplo, el jefe de familia puede intentar mantener unida la "finca familiar" en contra de todas las presiones, mientras los hijos e hijas pueden estar ansiosos de abandonar de una vez la familia y la finca. El desarrollo de estas ideologías conflictivas tiene enorme importancia para los procesos de individualización a los que está sujeta la familia que se está proletarizando, pero eso está fuera del ámbito de este artículo.

Para los propósitos actuales será suficiente señalar que la familia como unidad para la producción y el consumo se está disolviendo en Boconó. En cierto sentido, esta disolución se esconde tras el hecho de que la familia aún es dueña de la tierra y la cultiva, y que la finca familiar mantiene su existencia formal. La esencia social tras la forma, sin embargo, es algo diferente. La persistente existencia de viejas formas a las que se le da un nuevo contenido social es sólo uno de los medios por los cuales se refracta la realidad social, y el proletariado puede estar escondido—de los científicos sociales y de sí mismo.

Resumen

Este ensayo intenta explicar las reacciones de los medianos agricultores de café a los programas gubernamentales diseñados para incrementar la producción de café, en términos de la posición social que ocupan dichos agricultores dentro de la formación social venezolana. El ensayo coloca la finca y el sector cafetalero dentro de los procesos nacionales del desarrollo capitalista y la proletarización, argumentando que las decisiones de los agricultores de café no deben ser entendidas simplemente en términos de la "racionalidad" de la finca familiar. A medida que ésta se convierte en una fuente de ingresos suplementaria, las familias de medianos agricultores, a pesar de que son dueñas de su propia tierra, comienzan a tener rasgos en común con las familias típicamente proletarias.

Abstract

This essay attempts to explain the reactions of middle-level coffee farmers to government programs designed to increase coffee production in terms of the social position of farmers within the Venezuelan social formation. Arguing that the decisions coffee farmers made should not be understood simply in terms of the "rationality" of the family farm, the essay places

the farm and the coffee sector within national processes of capitalist development and proletarianization. As the family farm becomes a supplementary source of income, middle-level farming families, although they own land, begin to share certain basic characteristics with classically proletarian families.

Bibliografía

- Banaji, Jairus
 1977 Modes of production in a materialist conception of history. *Capital and Class* 3:1-44.
- Berkner, Lutz
 1975 The use and misuse of census data for the historical analysis of family structure. *Journal of Interdisciplinary History* 5(4):721-738.
- Brenner, Robert
 1977 The origins of capitalist development: a critique of neo-smithian marxism. *New Left Review* 104:25-92.
- Chayanov, A. V.
 1966 *The theory of peasant economy*. Homewood, Illinois: Richard Irwin.
- Frank, Andre Gunder
 1967 *Capitalism and underdevelopment in Latin America*. New York: Monthly Review Press.
 1969 *Latin America: underdevelopment or revolution*. New York: Monthly Review Press.
- Galeski, Boguslaw
 1972 *Basic concepts of rural sociology*. Manchester: Manchester University Press.
- Goode, William
 1963 *World revolution and family patterns*. New York: Free Press.
- Laclau, Ernesto
 1971 Feudalism and capitalism in Latin America. *New Left Review* 67:19-38.
- Laslett, Peter y Richard Wall, eds.
 1972 *Household and family in past time*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Losada Aldana, Ramón
 1972 El capitalismo agrícola en Venezuela. *Economía y Ciencias Sociales* 14:5-128.

Margolies, Luise

- 1979 Urbanization and the family farm: structural antagonism in the Venezuelan Andes. En Luise Margolies, ed. *The Venezuelan peasant in country and city*. Caracas: EDIVA. Pp. 55-91.

Mintz, Sidney

- 1973 A note on the definition of peasantries. *Journal of Peasant Studies* 1(1):91-106.

Orta, Celio

- 1970 Ensayo acerca del desarrollo agrícola venezolano durante el período 1950-1969. *Economía y Ciencias Sociales* 12(4):5-52.

Páez Celis, Julio

- 1975 Ensayo sobre demografía económica de Venezuela. Caracas: EDUVEN.

Powell, John Duncan

- 1972 On defining peasants and peasant society. *Peasant Studies Newsletter* 1(3):94-99.

Roseberry, William

- 1976 Rent, differentiation, and the development of capitalism among peasants. *American Anthropologist* 78(1):45-58.
- 1977 Social class and social process in the Venezuelan Andes. Ann Arbor: University Microfilms.
- 1978a Venezuela's coffee economy during the petroleum era. Ponencia presentada en la conferencia "Exports and change in Third World societies". Duke University, enero, 1978.
- 1978b Peasants as proletarians. *Critique of Anthropology* 3(11):3-18.
- 1979 On the economic formation of Boconó. En Luise Margolies, ed. *The Venezuelan peasant in country and city*. Caracas: EDIVA. Pp. 92-114.

Saul, J.S. y R. Woods

- 1971 African peasantries. En Teodor Shanin, ed. *Peasants and peasant societies*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin. Pp. 103-114.

Scott, James

- 1976 *The moral economy of the peasant*. New Haven: Yale University Press.

Scott, Joan y Louise Tilly

- 1975 Woman's work and the family in nineteenth century Europe. *Comparative Studies in Society and History* 17(1):36-64.

Shanin, Teodor

- 1973- The nature and logic of the peasant economy. *Journal of Peasant Studies* 1:63-80, 186-206.

Venezuela, Corpoandes

- 1974 *El café en los Andes*. Mérida.

- 1975 Plan operativo para el cultivo del café en la región de los Andes. Mérida.
- Vogel, Lise
1978 The contested domain: a note on the family in the transition to capitalism. *Marxist Perspectives* 1(1):50-73.
- Wallerstein, Immanuel
1974*a* The modern world-system: capitalist agriculture and the origins of the European world economy in the sixteenth century. New York: Academic Press.
1974*b* The rise and future demise of the world capitalist system: concepts for comparative analysis. *Comparative Studies in Society and History* 16(4):387-415.
- Weber, Max
1978 *Economy and society*. Vol. 1. Berkeley: University of California Press.
- Wolf, Eric
1955 Types of Latin American peasantry: a preliminary analysis. *American Anthropologist* 57:452-471.
1966 *Peasants*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- Zaretsky, Eli
1976 *Capitalism, the family, and personal life*. New York: Harper Colophon Books.